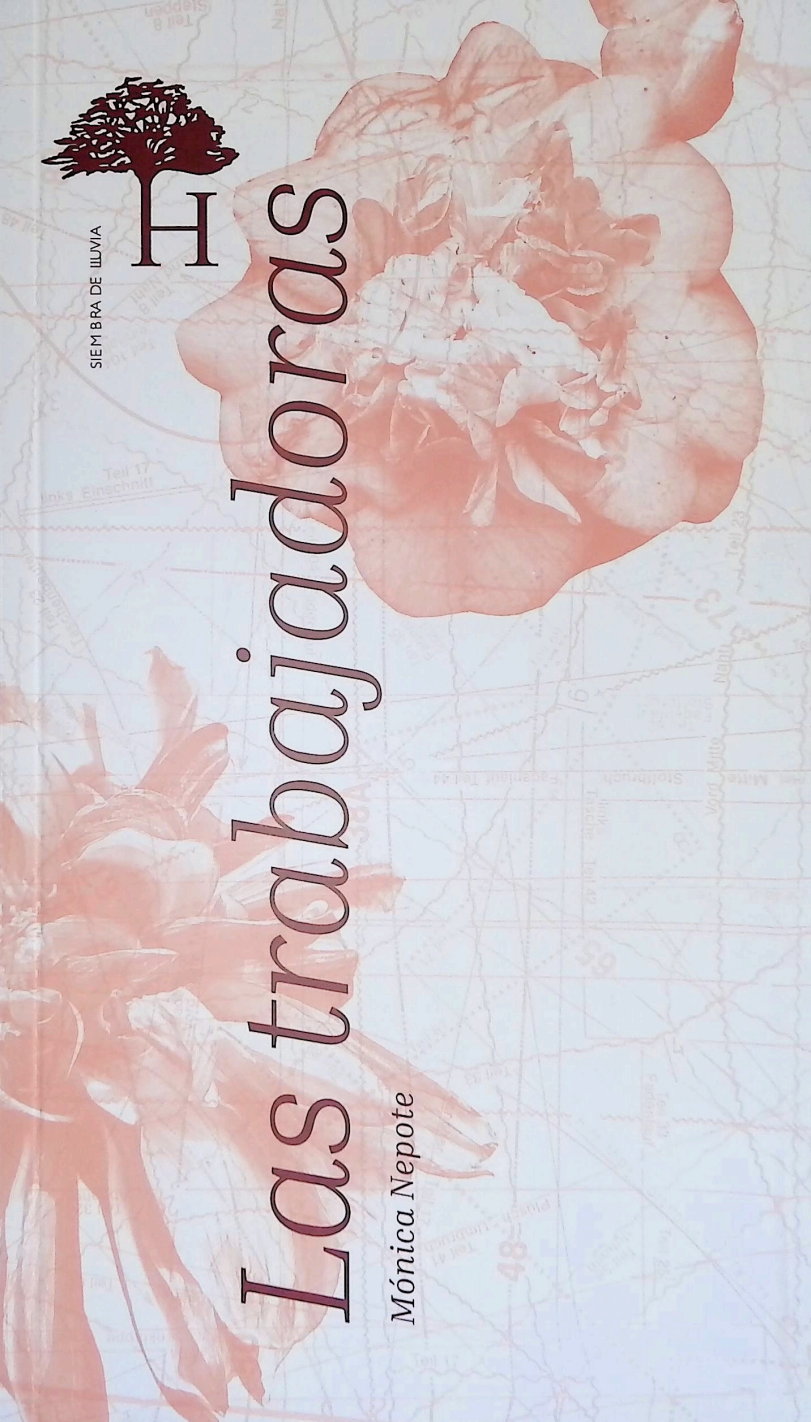


SIEM BRA DE ILUVIA



# Las trabajadoras

Mónica Nepote



Este libro fue escrito con apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte 2021-2024

Textos:  
**Mónica Nepote**

Cuidado de la edición:  
**Rafael Mondragón Velázquez**  
**Regina Olivares Alberti**

Diseño editorial y fotografías:  
**Regina Olivares Alberti**

Primera edición, octubre de 2024.  
© DR Cooperativa de Producción y Servicios Editoriales Heredad, S.C. de R.L. de C.V.  
[www.heredadpalabras.com](http://www.heredadpalabras.com)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta e interiores, podrá ser reproducido, almacenado, comunicado públicamente o distribuido en cualquier forma o medio conocido o por conocerse, si no cuenta de manera previa y expresa con la autorización del legítimo titular de los derechos sobre la misma.

ISBN 978 607 59991 5 9

Hecho en México

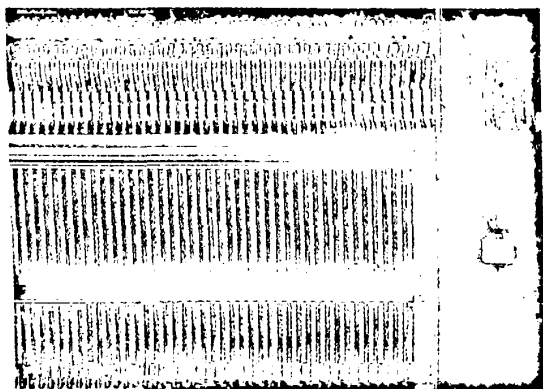
*A mis hermanas*

*A nuestra madre*

*A nuestras hijas*

*A las amigas*

*A nuestras flores*



## CONJUROS

En los últimos tiempos prolifera una ansiedad por darle sentido a las palabras. Es decir, noto cada vez más que buscamos en su origen, su etimología y su composición una especie de fábrica posible. Es decir, una manera de hacer volver. Es decir, esto no solo es invocar. Es dar sentido, dar fuerza, es hacerlas concretas. Materializar el verbo. Conjuro / *coniurāre* quiere decir ligarse a alguien, con alguien. Para conjurar hay que tener un hilo y hacer costura, hacer un gesto de trabajadora, como lo hicieron mi abuela, mi tía y mi madre. Hago un respunte, saco los filos y los hilos. Aquí está mi camino y mi mapa.

## Primer conjuro

Dime cómo:  
 del fondo  
 del más allá  
 de una experiencia de contagio  
     buscando sin encontrar  
     buscando algo, rompiéndome  
     las manos, las neuronas  
     buscando en esa forma  
     o en el camino de regreso

Si las ancestras conjuraban  
 para que sus ciclos completasen  
 algo:  
 la cosecha, las curaciones,  
 el fondo de ese abismo que las  
 más niñas mencionan como amor.  
 Si en mi cuerpo existe una fuerza  
 capaz de encajar cuchillos en la tierra

y cortar las lluvias.

Si sangro y reviento cada vez que sangro  
 aunque sean las últimas migajas  
 de esa fertilidad tan valorada.

Si construimos tras Juana Belén, esa república federal  
 de las mujeres

pese a los edictos y las prohibiciones  
 al sofisticado, enrarecido  
 juego de palabras aristotélico  
 que impide, que manda  
 pese a Schopenhauer o un cercano no cercano Melchor  
 de las Epístolas.

Mejor lanzo la llama, arma de lenguaje, ese que busco  
 en ese más allá a donde me has recomendado ir.

¿Cómo se llega?

Te pregunto con mi guía de ciudades cenicientas:

¿Cómo?

mientras forzamos puertas clausuradas, desbrozando  
 esos jardines

húmedos, herbosos, entre catarinas, orugas,  
 o peores paisajes: nidos de alimañas.

*Búscate veinte minutos*

Minutos para reconstruir y descender a ese sótano pro alergias  
a vapulear esa no acción.

Baja y busca entre los restos de las cosas  
ya me dirás qué herrumbre y herramienta

*pero es que mira  
tenemos que prender el fuego.  
Tenemos que prenderle fuego al fuego.*

## Segundo conjuro

*Escribe y tacha, esa es toda su escritura.*

Desde un fondo mal iluminado, la piedrita del lenguaje  
toma su lugar en el centro del cuerpo y se traduce:

*No querer ser, es no decir*

*no hablar, no indagar.*

*Sin aceite se pierde el oído*

*se entumece la mano, se pierde la fuerza.*

Qué tensión o herida puede referir mejor

un oído que no recibe el murmullo, una voz que no logra decirse

*Traducir: donde antes sonido nítido  
ahora secuencia bofa*

Todo boicot aparece en rastros  
en ciertas fotografías internas  
como punto de fuga:

En un entorno apacible y verde, el fondo de un retrato familiar, veremos un no idílico momento. Algo se cuele, ese gesto de los hombres, dominio tácito sobre el cuerpo de las mujeres — ya sea en la forma en que el terrateniente o *pater familias* coloca la mano en el hombro de su esposa o en el sutil desvío de la mirada de aquella mujer que se ha desplazado de su propio centro.

Su lenguaje era el servicio, su sentido, su significado solo valido por atención, por precisión y solicitud.

Por su decir: *sí señor, no señor.*

Detengámonos en el detalle de un rostro movido

El de alguna niña de la familia cuya rebelión es no fijarse a la imagen, ser borrosa es su táctica, fugarse del depredador, el monstruo siempre radica entre la familia. Secreto bien guardado.

El rostro en fuga ahora se desfigura

Ha perdido domicilios

voluntad

espacio

oído

el cuerpo mismo.

Ha perdido todo, nació perdiéndolo

la enseñanza transmitida en los vocablos maternos no fue un lenguaje de

hierbas + remedios + colores + pieles suaves

sino ese arte de desaparecer en plena mirada

ese arte de pasar desapercibida

se conoce como arte del camuflaje

ser mujer-lámpara-objeto-planchar-lavandera

ser servicio

ensambladora

ser objeto sordo

gris precario mutable triste

desconcertante

ser esa boca cuyas comisuras aprietan  
porque los agujeros habremos de taparlos hasta  
la invisibilidad  
incluso cuando el violentador los encuentra.

## Hoy no trabajé

No fue un día de descanso, quiero decir:  
 no me desplazé, no chequé una tarjeta, no escaneé mi dedo,  
     el ojo metálico no escrutó mi iris  
 no me dijeron cosas en relación a la calidad de mi desempeño,  
 no me inventariaron los huesos en función de la velocidad  
 de mis articulaciones o la tensión de mi musculatura al asir  
     los objetos  
 o la pulcritud y precisión con la que mis falanges desempeñaron  
     su ir y venir cortando, ensamblando.

Hoy no trabajé  
 tuve un descanso forzado  
 un detenerme en pleno pico  
 porque mi crío ardía en fuego  
 porque mi macho no llegó  
 porque mi madre necesitó afilarse la paciencia en la instancia  
     de salud pública desde el alba.

No trabajé

porque lavé y fregué, mi casa de cabeza, porque planché, sacudí,  
 pulí las ollas hasta ver mis ojeras  
 porque descarto la historia alterna de papeles en el piso.

No trabajé

digamos eso  
 para hilar el dicho del señor capital.  
 Hoy fue un día perdido  
 este hacer y estos huesos reventados  
 son simples figuraciones.



## MATERIALES

Me gustan las cosas concretas. Es decir, lo que existe, es decir, lo palpable. Vaya trampa me dices, no hay nada que no exista, incluso lo invisible.

¿Es esa voz fantasma algo concreto? Miro confundida hacia una pared donde antes pendía un espejo, siempre le pedimos a las cosas más de lo que significan. En realidad apenas empezamos a entenderlas, en el dormir de sus átomos no hay un sueño sino energía palpitante, nada desaparece como así, piensa en el plástico, los hilos de cobre, las carcasas. Piensa en las máquinas y su significado.

## Los colores de los vestidos que me gustan dicen tanto de las bocas silenciadas

Manos textileras. Alguna vez visité una tienda de telas que parecía detenida en el tiempo, en los anaqueles estaban las telas enrolladas cuyos diseños y tramas cromáticas me remitían a otros cuerpos, movimientos sinuosos de los cuerpos de mujeres andando las calles. Manos de mujeres trabajadoras, entintando hilos, manejando máquinas, trabajando el telar. La indumentaria de las mujeres que fabrican los vestidos que otras portaremos son colores oscuros, sucios, dolidos.

Los colores y la rueca. Mis cuentos de infancia tenían elementos de costura, vestuarios.

Siempre me obsesioné por aquellos que mencionaban los instrumentos, aquel huso de la durmiente, la rueca o acciones propias como el hilar tareas del tejido, las largas trenzas.

Algo en la fabricación de los textiles implica una condena pero también hay una sutil rebelión. Las sábanas anudadas son el escape.

El poder de elaborar las telas. El poder de fabricar el textil y más tarde de fabricar el atuendo. No hay nada más perfecto que cubrir la piel con una tela hilada por una misma, nada más poderoso que confeccionar el vestido propio.

Y sin embargo las costureras, las textileras siempre han estado al margen, por su oficio, por sus cuerpos.

Mujeres en el borde de las telas. Alguna vez tuve entre mis manos una tela africana pintada y diseñada por mujeres, los hilos entreverados del algodón, el diseño sutil y los colores rosa pálido, guinda, rojo, negro; los dibujos, flores, grecas, líneas curvas. Y lenguaje: una frase suajili cuyo significado es misterioso no por lo que dice sino precisamente porque no sé qué son esas palabras, no hay forma de saberlo. Los vestidos como el lenguaje dicen cosas que son interpretadas de una cierta forma. Los vestidos rasgados a la fuerza, arrancados, son palabras pisoteadas, un lenguaje fallido o grito y luego silencio.

La vestimenta es política, la vestimenta dice de la procedencia,

habla economía, habla ostentación, habla pobreza, habla en género de quien la porta, se desdice, agrade o agrada.

La vestimenta y su poder infinito. Elijo un vestido de textilera, elijo un vestido de trabajadora, elijo un vestido que dice en su hilar de subversiones, versiones del dolor de aquellas cuyos cuerpos abandonan sin indumentaria, cuyos vestidos fueron arrastrados con los cuerpos que las portaban, elijo el vestido de luto pero también de quien no cesa.

Una tela que resiste. Una tela de años, que no cede al paso del tiempo, que se hereda de generación en generación, un vestido portado por abuelas, madres, hijas, nietas. Un vestido que habla de secretos e intimidad, de tablas y hollín, de cocinas y también de manos rasposas y tareas.

Elijo ese vestido común, ese uniforme de trabajadora. A ella le debo mis vestidos.



## INVENTARIO

Documentar, desarchivar, preguntar, escuchar, leer otras escrituras, voces. La historia está en los vestidos especiales, esos que se heredan. Un solo día lo usaste tú, un solo día lo usé yo. Así, hasta la desaparición.

Escribe mi hermana Lilián

*En esa foto estoy con un vestido de su tienda, Casa Lucero, que estaba enfrente del mercado Corona, por Hidalgo. Tal vez era de su taller el cual formó por allá a fines de los cincuenta, antes de tener la tienda. El taller estaba en su casa de la calle Puebla, y lo formaban cinco muchachas con cinco máquinas, mujeres jóvenes como Amelia, Tina, Anita, Lupe, Jesús, Elisa, eran los nombres de algunas de ellas que ahí trabajaron.*

*De la producción era bastante, mi tía Luz compraba géneros o piezas completas de tela, los cuales tenían veinte metros o más, doblaba la tela cuidadosamente sobre su mesa de taller hasta conseguir diez capas de tela o quizá más. Colocaba sus patrones en cartulina, los que había diseñado a partir de revistas como La Familia y cortaba con una máquina que parecía un robot que hacía un ruido muy peculiar. La tela se cortaba tan suavemente como si fueran rebanadas de pastel. También tenía unas tijeras que a mí me parecían gigantes.*

*Producían trajecitos; pantalón corto de pechera y camisa, la pechera llevaba un osito o gatito estampado con la plancha, las tallas de uno a tres años.*

*También pantalón largo, camisas, pijamas para niños hasta la talla adolescente, vestidos para niñas y pijamas. Y la producción era también de acuerdo al tiempo: trajecitos, camisas, pantalones de pechera, y vestidos de popelina, batista, dril y gabardina para la primavera y verano, y para el otoño invierno cambiaba el género a pana y franela.*

*En la tienda también compraban las madres para sus hijos bebés, que entonces parecía que había concursos para quedarse embarazadas y parir, baberos y fajeros de piqué con orilla de bies de color y su osito, conejo o gato estampado con la plancha, estos eran hechos por cientos en su taller.*

No olvidaba fabricar vestidos de primera comunión, casi siempre había uno en el aparador.

Recuerdo que yo los comparaba con el que mi mamá había hecho con organza fina y encaje de guipur, el que usamos las cuatro hermanas, y el nuestro me parecía siempre el más hermoso, tan es así que una de mis primas menores, cuando vió el vestido en la primera comunión de la tercera de nosotras, pidió que así fuera su vestido, y así se lo hicieron y hasta le prestó mamá las tiras de guipur.

En su tienda había todo lo necesario para un bautizo o una primera comunión. Había camisetas, camisitas bordadas, chambritas de hilo y de estambre, mamelucos y sabanitas, cobijitas tejidas, zapatitos para bebés, así como pantalón largo formal, camisas y pantalones Gacela, velas con adornos dorados y hasta rosarios con unas cuentas tan diminutas que solo las yemas de un niño pueden sentir.

Tita, mi abuela, tejió muchísimos zapatitos de hilo blanco especiales para bebés muy pequeños. Cuando tuve que desalojar las cosas de mi departamento para que lo arreglaran por causa del temblor me encontré uno de ellos, todavía lo conservo. Recuerdo que la tía Luz compraba piezas completas de encaje para aplicar también en los ropones de bautizo y se armaban con tejido a gancho; la tela de encaje consistía en tiras que se cortaban y luego se formaba el vestidito, tejiendo tiras de estambre y pegando las tiras al encaje con gancho. A mi hija Magdalena la bautizamos con un ropón que diseñó y tejió mi madre el cual había sido de mi hermana Lucy y luego para mi hermana Mónica, y ese fue el modelo que Casa Lucero vendió por años.

Suéteres y chales vendía, Mamá y Lucy tejieron bastantes chales para vender en su tienda. Los ropones, ¿quién los tejería? Tal vez Anita que vivía en San Andrés y también Jesús. Jorge mi hermano era el encargado de subirse a los camiones de línea para llevar material y traer esos ropones ya terminados.

Años después estaba yo estudiando filosofía cuando unos compañeros me invitaron a comer tacos en un lugar en donde los hacían muy sabrosos, cuál fue la sorpresa que me llevaron a la antigua tienda de mi tía, en la parte de atrás de la tienda, estuve sentada comiendo tacos ajenos en el mismo lugar en donde antes ella había colocado una mesa de cortar; las paredes estaban recubiertas de muchos estantes bastante misteriosos llenos de cosas que no se vendieron nunca, como lentejuelas, canutillos, resortes, botones, tirantes para pantalones, listones, camisetas y ropa interior para niños de modelos envejecidos, amarillentos y nuevos. También en esa mesa la acostaron cuando le dio un ataque de epilepsia muy fuerte, cerca de una navidad. Mi hermano Jorge le estaba ayudando en su tienda y se encontraba en ella. Días antes él me dijo que no la entendía y que estaba de un humor raro. Cuando llegamos mi madre y yo avisadas del ataque, Jorge, que tenía trece años, estaba llorando.

Antes de tener Luz la tienda de ropa, era una mercería la cual adquirió todo en un traspaso, que por cierto le decían "el guante" a esa negociación.

Juan, el hijo de mi hermano Mario, tiene el bastón o tramo de madera con gancho metálico en punta, usado para subir y bajar la cortina metálica de Casa Lucero. Yo recuerdo mucho ese gancho, porque también era para bajar los vestidos de los anaqueles con puertas de vidrio donde los poníamos para guardarlos y exhibirlos, éstos eran de dos niveles, y los de arriba sólo los bajábamos con el gancho.

Ese gancho es como para alcanzar el pasado.

DEJAR LAS MARCAS  
DEJAR MENSAJES

"Yo hice esta prenda que vas a comprar pero ¡no me pagaron por ella!"



Las etiquetas fueron colocadas, de manera subrepticia, en los bolsillos de las prendas ya colgadas en las tiendas. Lxs autores fueron las y los trabajadores de una empresa textil turca: Bravo Tekstil, maquiladora de ropa para Zara y otras grandes marcas internacionales como Next y Mango. La documentación de esta acción y otros activismos de lxs trabajadores está en el sitio web <https://www.temizgiysi.org/an-extra-label-added-to-zaras-products/>

Las pequeñas ventanas  
son pasadizos,  
lenguaje en clave  
hilos que aluden.  
Esta es la búsqueda  
la precisión  
del telegrama.  
Somos el cuerpo aterido  
una lanza que etiqueta  
brevedad.

Ladramos  
no gemimos  
imploramos,  
buscamos tu oído.  
Sé mi voz, escúchame.

Mi lengua es el hilo que otra mujer tiñó.

Manos en agua caliente,  
hasta donde el cuerpo soporte.  
Hablo en respunte desde la tela.

Lo que a ti te protege  
a mí me aniquila.  
Soy esta cadena de producción  
litros de agua en tu cuerpo  
litros desecados en color  
tierra que se cansa

habla por mí.

Has puesto tú  
los hilos tensos, las tijeras  
los patrones.

Has vuelto a dejar  
las máquinas opacas.

Has puesto alfileres en tu boca  
antes que decir  
límite, seccionar,  
las telas determinan el cuerpo  
libre y no atado  
vivo, no arrojado.

Ensartar, puntear, hilar

retazo breve

¿Alcanza este esbozo  
para decir que el aire  
es asfixia?

Mi cuerpo muere

no descansa

un breve punto llamado

auxilio

un ven rescátame

me vuelven máquina

ven tú de un lado vivo

desconéctame

Es un asunto de cuerpo  
es un asunto de prisa  
es un asunto de sobrevivencia  
es un asunto de seguridad  
es un asunto de llanto  
es un asunto de parálisis  
es un asunto de golpe  
es un asunto de sobrellevar  
es un asunto de grito  
es un asunto de fuerza  
es un asunto de cuerpo

## Instrucciones del patrón

Lo primero que debes hacer es  
extender la tela  
y encoger el cuerpo

*Desproveer* tus sentidos animales,  
volverte  
una rápida secuencia  
*Olvidar* saliva, tripas, fluidos.  
Desapegarte del hambre o de la necesidad  
de orinar.

Tu pulcritud será ensamblar las piezas  
la audacia está en tus manos.

Así,  
engrane en el sistema  
serás la mujermáquina que sueña libertad de moneda.

## COSER Y CANTAR

cortar huir punzar llorar saber vestir cubrir arropar

## Refugianas

Los atuendos más simples  
cortes sencillos  
los moldes trazados con crayola  
sobre el papel  
a veces periódico  
a veces papel de arroz  
blusas de un blanco,  
el más pulcro que he visto.  
Faldas azules  
y los listones  
las pieles y sus surcos,  
la imagen de la virgen  
pendiendo de sus cintas.  
Sus cantos, su gozo por estar ahí  
cercanas, en la suavidad de sus capullos  
hechos por ellas mismas.  
Eran sus propias madres, sus propias hijas.

Esa imagen  
me visita.  
Aprendí  
una pulsión de vida  
me persigue

al margen del mapa de límite y rotura.

En la economía  
de su vestimenta

la belleza y la compañía  
de las mujeres.  
Siempre invoco en ellas  
las amigas.

## En círculo

Los patrones se trazan  
en papel muy delgado  
se sobreponen a la tela con alfileres  
estas herramientas se venden  
incrustadas en otro papel circular.  
Los alfileres no se pierden en la tela,  
tienen una cabeza  
que remata en ese cuerpo larguirucho de acero.  
Las cabezas son coloridas  
hay un alfiletero, figuras de telas  
simulando ser personas tomadas de manos y pies  
se ensarta, se desensarta.  
Los chinitos observan la veracidad, rodeando  
con sus figuras ese cojín que mira  
cómo la tela se desgasta.

*Ese patrón se sostiene con alfileres*  
de ahí nuestra expresión.  
Mujeres sostuvieron durante décadas  
la vida con alfileres y espaldas encorvadas  
ojos sometidos a un desgaste.  
Aún así, cantaban  
mientras cosían  
sin soltarse de las manos.

## Botones

Dentro de un clóset  
 al fondo  
 donde extender la mano no es suficiente  
 hay una caja.  
 Sin ninguna gracia: cartón, algo vieja, maltratada  
 sin embargo en su adentro contiene una historia  
 no una, decenas, más, incluso.  
 Colores, formas, perforaciones, botones, brillantes, dormidos  
 los restos  
 arqueologías de una tienda.  
 Un sueño de plástico o carey, según su origen, formas en  
     una estantería  
 promesas de júbilo  
 cuerpos cubiertos, coloridos de domingo o enfiestados  
 accidentes desprendidos sin notar  
 pequeños hallazgos de banqueta  
 para otros pasajeros de este mundo.

Hoy esta caja y sus cientos de botones son herencia inútil  
 una muestra apenas, un gesto,  
 hilar traspasar unir  
 dar sentido al ojal  
 conectar o ajustar.

Brillar con entusiasmo.

¿Cuál es el origen de un botón, ese principio circular que  
     comparte con las cortezas, con la rueda, con el ojo  
 de luz que se apaga? para ceder su historia a la tierra  
     a un principio que descompone.

Para volver a empezar  
 porque el tiempo y el ciclo de vida  
 es, a su modo, un botón con  
 sus hendiduras en par  
 para fijarse durante un instante en un  
 brillo, una tela, hasta volver a caer,  
 desgastarse, vagar, perderse, ser encontrado.

## Mensaje secreto

No tienes hilo  
tan largo como se requiere  
para amarrarme  
ni modos o lengua  
que domestique mi aullido.  
Acá arriba, mi cabello peinado  
las huellas del cepillo, el fijador.  
Aquí  
no te fíes  
hay navajas que guardan filo  
bajo mi apariencia domesticada  
sigue la lumbre  
de La No Sometida.

## Hilar la voz

La mano recibió,  
mi palma abierta  
un regalo  
de la mano de mi abuela  
un gancho, un estambre.  
*Con esto haces la trama,  
con esto una cadena,  
rumbo por dónde quisieras ir, fugar.*  
Aprendí de su voz el punto básico.

Me enredó en los dedos aquella lana  
me dijo cómo anudar  
y en un juego  
hacer ondas, curvas  
un paso que se anda distinto a una línea recta.  
*Recuerda*  
tu sangre camina  
tu sangre hace casa.

## UNA MÁQUINA PUEDE SER UNA CASA

Nunca escribimos solas. Estamos sostenidas por esas otras que hicieron preguntas acerca de lo que ahora te preguntas.

Una máquina no es un estruendo  
pero puede ser un engrane

Un arrullo.

Me durmieron las máquinas.

Fue esa extraña disposición metálica la que me enseñó los claros-  
curos de escribir y atormentar.

La palpitación de eso casi invisible  
casi inacabado.

Un texto que no cierra, que se trasmina —algunas veces de  
madres a hijas, de trabajadora suspendida cuyo espacio es usado  
por otra trabajadora sin una palabra de tránsito, sin un fueguito  
para pasarse de mano en mano. Todo lo contrario. Un espacio  
vacío que se queda con un olor sin codificar, que se limpia para  
el reemplazo porque la máquina que las engulle dicta así:  
una después de otra después de otra.

## Una máquina no es un estruendo pero puede ser una imagen

A mis catorce años aprendí a dominar el teclado.

A sus catorce, ella se formaba y se alejaba del padre, la madre.  
Volcarse en el teclado, ser precisa, significaba emancipación,  
significaba abrir y cerrar el frasco de las posibilidades.

Aquí la arqueóloga se vuelve humo, acá nace quien por el gesto  
de escuchar y teclear subsiste.

Escribir es traducir. Fue mi aprendizaje primero, ante ese  
desenvolvimiento de un texto que iba más allá de una pequeña  
mancha de signos, un pequeño bloque de palabras que ella  
escribía sin escribir desde su origen. Algo de esas otras formas  
dictaban pautas a su cuerpo.

Manos, ojos, respiración todo un gesto con la máquina, somos  
por ella, me digo.

## Una máquina no es un estruendo pero puede ser una música

Todo tiene que ser perfecto para ella.

Todo tiene que quedar perfecto para el mundo, la máquina pide y trepida, exige en ese canto a coro de mujeres sentadas, columnas rectas, cervicales apenas flexionadas, mirada fija en su quehacer. Apenas la respiración.

Una coreografía de silencios humanos, una danza de falanges y vértebras.

Si las palabras pudieran despegar de la tinta y el papel.

Si las palabras se volvieran cuerpos en esta habitación, sería un enredo de lenguaje, órdenes, fórmulas danzantes, teclas sincronizando, de cuerpo tinta a cuerpo humana.

Ella, en esa línea de pulcritud escrita, uniéndose a otras a través de cuerpos de palabras.

Así nace en el lenguaje una potencia telepática.

## Mi madre y Graham Bell

Ella me dijo que recordaba.

Era muy niña, cuando llegó aquel objeto, negro, espirales y cables. No explicó cómo aprendió su funcionamiento, nadie que le dijera así o asá. Pero al girar el disco, hacer una llamada, se volvió niña para siempre descubriendo un objeto, descubriendo los hilos de la conversación y las voces fantasmales que viajan de una orilla a otra.

La imagen de mi madre niña hablando por teléfono, la detiene para mí en su muerte.

Esa niña hablando lenguas fantasmales, en esa comunicación sensorial, haciendo viajar la voz por la espiral metal y plástico hasta un oído, en el estupor de las nuevas máquinas. En el hacer venir lo inmaterial, volverlo peso, calor.

La voz de aquella niña es la que a veces me habla, imagino, desde las máquinas fantasmales que traen desde un fondo profundo a todos ellos.

La muerte es un lugar en el que todos hablan por teléfono.

## Una máquina no es un estruendo pero puede ser una casa

Tuve, como muchas, un acercamiento en las aulas, con todo aquel ritual necesario: adaptar las manos, los huesos, estirar la musculatura. Sentir la debilidad del dedo meñique y vivir la torpeza con furia, volver a empezar. Tomar otra hoja, colocar, dar vuelta al rodillo. Eso no era trabajar para mí, era una forma de jugar, hacer un pequeño simulacro mientras tomaba la fuerza en el cuerpo, terminar de formarme en un ejercicio que seguía queriendo decir:

yo escribo.

Y repetir y repetir

a s d f g h j k l ñ

qwer ty

El día siguiente es igual al día anterior. La vida en el teclado se repite y se juega en la limpieza y pulcritud. Eso que tú aprendes entre risa y frustración, para otra mujer es una idea de sostenimiento, una aspiración, es un hilo tenso y transparente con una espada que apunta a la cabeza. Es un hilo que se estira y se suelta de la casa del padre. Es un hilo que se estira y ligero dibuja una casa, otra, la mía, piensa ella, la casi niña que con ojos grandes mira la hoja sin mirar el teclado.

## Una máquina no es un estruendo pero puede ser una voz

Sobre la mesa, alguien ha dispuesto hojas con escritura manual,  
una caligrafía cuyos signos no me son legibles.

Reconozco palabras, frase y cadencia cuando el texto  
pasa a través de su cuerpo:

gira la cabeza a la izquierda lee y teclea.

Escribe Escribe Escribe.

Lo ilegible se vuelve un espacio en el que alguien habla de un  
cisne y su sombra en un manchón de texto dispuesto por ella  
al margen superior de la hoja. Esas palabras me dan a entender  
algo, no sé bien qué. Una especie de llave que abre otras  
puertas

Es un poema, me explica.

Algo se pierde y algo se gana en la traducción.

Dicen

Pero el ojo del ciclón de este acto de memoria juega preciso  
a pensar en otras fuerzas como centro.

Sentada ante la máquina con el cuerpo erguido. Ella es por  
un segundo ante mí quien escribe esas funciones del lenguaje.

Sé que no es, pero al mismo tiempo juego a pensar que sí  
es ella la que origina esa sucesión de imágenes.

Imposible salir intacta de aquel día, mi cuerpo como la hoja,  
guarda para sí esas inscripciones.

Todo es diferente a partir de hoy, le digo.

## Una máquina puede ser un final

Nunca sabremos cosas específicas del tiempo como prepararte para morir, por ejemplo. Tu vida tiene hasta el final, una presencia de máquinas. Quién lo diría. Tú, que fuiste esa mujer de la década de los 20, cuando el mundo era un lugar más puro o menos industrial, diremos. Esa vieja compañera tuya que adoptaste a tus trece años, esa que fue tu música. Me pregunto si existe una especie de línea punteada que una a aquella primera a esta máquina que detestas, que se sostiene de la electricidad y el aire. Me podrías haber dicho dónde radica la trampa del lenguaje. En realidad sostenemos esta máquina del cuerpo a partir de esa sutileza impalpable que llamamos aire. Esta máquina embrutece. Esta máquina que odias pero te sostiene en tu lento, largo desprenderte. ¿Podemos decir aquí, tapemos el teclado? Esta es una prueba para soltarte a lo invisible. Confía en tus dedos, quiero decirte, en lo que ya asimiló tu cuerpo. Soltar la máquina que rechina. Dejar todo y ser esa ausencia que vuelve inútil toda industria. Hemos guardado un ápice de silencio para ti. Escuchemos a las plantas crecer. Soltemos tu respiración, déjame sentir en mis dedos tu pulso último. Has dejado esta máquina.

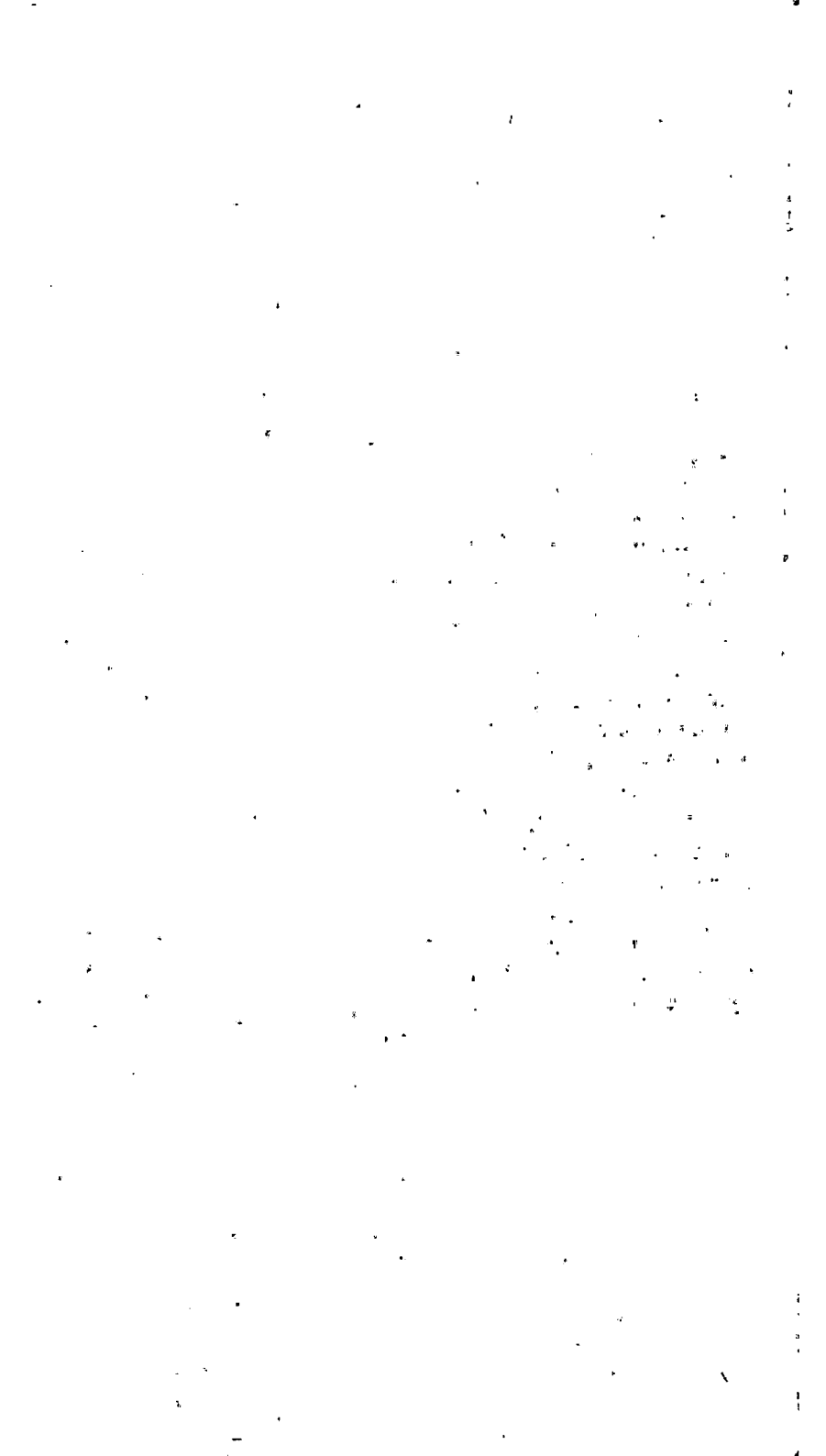
## Códigos

Mi madre tomó mis manos,  
haciendo un hueco que recibe  
me dio un alfabeto nuevo, apenas un código.

Los dedos en el teclado, palabras al hilo  
índices, anulares, meñiques, cordiales  
danzas que detonan zonas  
nuevas, otras versiones, de los hechos y los dichos.

Lo dicho-escrito, desde la lengua madre  
con la que velas por las mías,  
haciendo camino como una forma  
de nombrar, rescatas de la borradura  
los mínimos hilos, las cuentas,  
las formas secretas de componer  
historias de mujeres tras vajillas,  
historias de hilos salados  
hilos que enredas en las teclas, los carretes.  
Una forma de decir lo que otros  
invadieron.

Acá nuestros cuerpos rozan, respiran  
nuestra versión de vivir  
nuestra versión de asir las flores  
conocer las plantas  
adorar caminos abiertos  
que abrimos tras los pasos juntas.  
Acá vamos tomadas de las manos  
cantando, furiosas, en la fatiga  
de lo que siempre resiste sin quebrarse.



## TRANSCRIPCIONES DICTADOS

Aquí al sol, estoy sentada encuerada,  
máquina de escribir contra las rodillas,  
tratando de representarlas en mi mente.

Cómo empezar de nuevo. Cómo aproximar  
la intimidad y la inmediatez que quiero.  
¿Cuál forma? Una carta, por supuesto.

Gloria Anzaldúa

*Estimados míos:*

*Soy una criatura que se extiende y se desprende de la infancia. Crecer rápido fue necesario como estrategia de sobrevivencia. Soy esa criatura que se apuntala, surge otra vez, adulta, con otros bríos y brillos en la piel, sin entender bien la violencia implícita de la que hacen gala.*

*Me aparto de las líneas de su dictado, de su sombras, sus sillas rectas, renuncio al lugar que me destinan para adentrarme a un jardín desconocido, en el que me encuentre dulcemente con las de mi calaña, las fijas, las húmedas y misteriosas. Las que palpitan bajo tierra, las que florecen cuando llegan los vientos propicios, las que atraen por colores, por texturas, las que se hacen cantar, las que aguardan la visita, el vuelo. Las que crecen en las rocas.*

## Una trabajadora no deja sus hábitos

Levantarse temprano y sentir  
que el mundo es un lugar que ha de merecerse.

Aun después de tu muerte parcelamos el tiempo.  
49 días sin mover los objetos, el radio, la lamparita,  
por si algo que llamamos espíritu  
busca el camino de regreso.  
¿Cómo será asir las cosas sin tocarlas?

Tus lápices, tus pantuflas, las cobijas, los retratos en la pared  
¿Nos buscas?, ¿cómo es mirar sin cuerpo,  
desde el vapor, lo fantasmal?  
¿Sabrás que empecé a leer tu diario?  
en el que hablas solo tú, voz única,  
de cómo tus manos perdían fuerza.  
Pienso en ese verso de Viel Temperley,  
*ir hacia lo que menos conocemos:*  
nuestro cuerpo.  
El dolor trajo consigo los detalles, las zonas irrepetibles,  
los engranes, el misterio irresuelto de cómo  
estamos hechas.

Algo decías del ardor  
me llevo esa palabra  
a mi propio cuerpo.  
Cómo escribir de lo que arde  
en una especie de rito de distancia,  
evitar las cadenas de la sangre, destejer la trama  
de la herencia.

La caja donde guardaste papeles y recortes  
rastros, huellas que ahora sin tu voz  
que poco dicen. Al morir todo eso que guardamos  
pierde sentido, las historias se desarticulan  
no hay juntura que las una, no hay  
más que un perfume vago, una reminiscencia  
la palabra que lo nombra es confusa,  
ahí, entre aquello que no llega cuando invocas.

Ríes en voz muy baja, un poco por decir:  
estas cosas que pasan con el tiempo y los  
vaivenes, estas cosas que dejaron de fluir.  
Inventar rituales para llenar el espacio.

Otra jornada de ocho horas, despedirme  
entre tus objetos, leer las frases que compusiste con tu letra.

Paso mi dedo sobre palabras en azules,  
un poema que transcribiste.  
el poema que le dediqué a la Nona.  
Somos estas tres mujeres que se encuentran  
en una letra cargada con el peso de la mano.  
Me sé viva en el gesto de escribir.  
Te escribo, la escribo  
somos el texto y su revés, tejidas.

## Breves brotes

Paso mis manos  
sin notarlo  
por el cuerpo del tejido  
estambres que anudaron  
mi abuela

mi madre

mi tía

no podré saberlo.

La mano de mi hija toca también  
esos nudos que se ajustan,  
pequeños huecos que permiten  
hacer flores, en derecho y en revés.

El cuerpo tejido es una sola voz.

Un arropar, una esquina, una estrategia.

Un cuerpo es, finalmente, muchas voces.

## Abrigar

Algunas veces entendemos con el cuerpo, los nudos y el calor. Pensamos las formas en que ustedes, las madres, las abuelas multiplicaron su gesto de abrazar cubriéndonos con lanas y colores.

Es verdad que algo de nuestras células se desgasta al tocar los materiales, si es así, todavía perdura algo de la piel de aquellas que tejieron. Los fantasmas me abrazan en el frío, la lluvia, en el dormir o el soñar, en la pesadilla o la inquietud. Los hilos duran más allá que nuestra vida, sus ánimas tejidas en colchas o capas son lenguas silentes que nos cubren como una oración.

## VENIA FLORES.

Las plantas que crecían en las ciudades donde vivía, empezaron a funcionar un poco como centros psíquicos, centros mnemónicos de mi experiencia. Yo salía de esos lugares pero las plantas se quedaban ahí, permaneciendo como centros de organización de mi memoria y mis relaciones afectivas de ese periodo de mi vida en ese lugar. Las plantas como las guardianas de la memoria.

Michael Marder

Un jardín lluvioso aguarda siempre nuevas plantas, florece aquí una escritura que apenas, en tu ausencia empiezo a comprender.

## Cuna de Moisés

La miramos tocar la tierra  
en sus manos el gesto de la suavidad y el arrullo.  
La miramos aguardar cada estación del año  
cada pétalo, botón y expansión de flor.

Hacer collares de palabras alrededor de las niñas-plantas que  
floreaban. Orgullosa en ese coro vegetal nos hacía sentirnos parte,  
todo lo vivo a su alrededor: hojas, brazos, raíces o cinturas, voces,  
crecimiento, vestidos, cortes, peinarse, perfume, murmullo, gota  
de agua, palmadas o caricia.

*Toda presencia es bienvenida* decía en un lenguaje de brote  
y camino hacia la fuente de todo lo que nutre.

## Hortensias

Racimos de colores infantiles, suaves como algodones que no logro tocar. Habitan los prados de casas cercanas, esas flores fueron nuestro diálogo una y otra vez, no recuerdo mis palabras o las tuyas, no recuerdo las razones, el negarte. Las flores también nos enseñan duras lecciones del deseo, la no correspondencia, aprendí que el color puede ser de un lila sutil, aprendí que no queríamos las mismas cosas.

Lo agridulce del anhelo.

## Camelias

Nuestras vidas están enlazadas por las flores. Parecen decirme mis hermanas.

¿Sabes dónde están los botones que encienden el amor sin apagarse?, son tal vez este despliegue de raíces sinuosas, lecciones de sobrevivencia, voces corales, cuerpos que crecen hacia el sol. Juntas son las plantas, juntas nos enseñan a tejernos con ellas, así te lo recibiste con las manos enterradas, con la pala, con rastrillo, aguzando el ojo. Mirando este lenguaje cercano y lejano de la máquina y el hilo.

Las labores del jardín nos sostienen tanto, las viejas, las más jóvenes, las expertas, las parturientas, las que se asoman a las ventanas del canto y el arrullo.

Los días pasan sin noticia hasta que un botón y su promesa se volvían noticia y cháchara.

Cómo es que el amor tiene formas tan sorprendidas, brota suave con el tiempo y la humedad, la semilla se abre paso y sorprende en un tallo colorido, la hoja abierta, la gota de la lluvia sin evaporar, algo de tu voz tienen tus plantas.

## Begonias

Recuerdo nuestras tardes paseando en aquel vivero cercano a nuestra casa, la ecuación de los olores: sedimento, humedad, calor. La sombra de un plástico ligero cubría las plantas más sensibles. Las silentes siluetas que crecen.

Ahí donde algo que no sabemos nombrar, nos ampara la palabra magia, eso que al final nos eleva y nos rebasa. Donde el crecimiento puede escucharse, donde las plantas escriben cantando con su cuerpo.

Solo puedo verte así: enlazada con las tuyas: las antiguas, las más jóvenes, las cercanas, las afines, también las no gratas, las presencias incómodas y aquellas otras voces aliadas.

Supiste, como ellas, tender tus estrategias para no tocarte con las peligrosas o crecer hasta hacer sombra que impidiera que otra fuerza similar pero enemiga invadiera tus respiros.

## Aralia

Ignoramos lo que se fragua bajo tierra, lo que transita la semilla antes de romperse y hacer formas con todo lo que crece desde lo diminuto. Las estrategias de las plantas ante ese desbocado acento de vivir y de aferrarse.

Las hojas de la aralia nos llevaban por un lado de su historia, su apertura su canto de verdor, nos distraía de la secreta lucha que entablaba la raíz.

*No nos dimos cuenta hasta que nos inundamos.*

Las huellas claras: la maceta rota, la raíz había encontrado tierra en el cemento y con toda la fuerza de su cuerpo vegetal quiso romper el piso, traspasar el ventanal.

Una planta levantándonos la casa con su cuerpo desbordado.

Las puntas de la raíz tocan nuestros nervios, nuestras leyes lógicas.  
¿Volverán nuestras fantasmas como flores?

## Te de limón

Toco las hojas que tocamos juntas.

La primera lección de autonomía que me ofrendaste fue hacerme diestra en las artes de armarme de tijeras, caminar al matorral, buscar la hierba que curaba, tomar uno o dos listones verdes, sentir su aspereza, andar a tientas, fracasar algunas veces, sangrarme un dedo, cortar con el cuidado de quien tiene cinco o seis años.

Escuchar hervir el agua, cortar en pequeños rectángulos.

Esperar que las leyes químicas sucedan, el aroma es esa demostración que las cosas en el mundo funcionan por su cuenta.

Estoy ahí

capaz de pactar con lo más elemental:

ritos de agua y hojas, tomar de la tierra y venerar la tierra.

El trabajo de arraigarse y proteger.

MÁQUINAS UTÓPICAS

## Surgimos en la noche y era bello nuestro acontecer

Tibias y húmedas nos descubrimos en el centro de la tierra, bajo una potente oscuridad, en medio del fango. Aquel humus era un espacio posible para nacer de nuevo. Ricas en todo aquello de lo que antes habíamos sido desprovistas. Con un leve temblor, rompimos las barreras óseas, quebrando la pequeña superficie que nos impedía descolocarnos y organizarnos rizomáticamente. Así con persistencia y fuerza en nuestros cuerpos, logramos al fin emerger, si es que es posible decirlo así.

Unidas, emancipadas, sinuosas, en medio de ese fango enriquecido en minerales; entre los restos metálicos de dispositivos antiguos —ahora chatarra enmohecida. Vimos surgir algunos hongos, nuestra batalla no estaba de su lado, no eran nuestros enemigos, pero tampoco sabíamos si nuestros aliados.

No teníamos claridad sino un impulso vital, un impulso desobediente, frondoso, alegre y anarquista, cobrando formas que nos rebasaban a nosotras mismas. Nos habían dicho deshecho, nos habían dicho basura, nos habían catalogado como esclavas, mano de obra barata. Nuestras bocas, pequeñas y obtusas, habían sido suturadas. Nuestra energía para recibir alimento, para procesarlo incluso, se había reducido al mínimo. Pequeñas y funcionales, esas eran nuestras cualidades hasta el día del levantamiento o quizá más bien aquello que podríamos llamar el día de la desconexión.

Algunos nos habían visto sucumbir cariñosamente, dedicándonos miradas cálidas, en medio de una nostalgia inexplicable y sometida: sucumbir y minimizar nuestro cuerpo, por decirlo. Metales y cables, hongos y parásitos, microbacterias, pedazos de piel y tejido. Circuitos y bioluminiscencias, esa hibridez que nos había conformado fue lentamente apagándose hasta hundirnos en aquel légamo, que fue absorbido en esa viscosa oscuridad.

Ahora rompíamos esa otra corteza, una superficie en la cual se mezclaban aceros oxidados, maderables, piedra volcánica, restos de plásticos pensantes. Un ser blancuzco de poliuretano parpadeó asustado cuando nos vio surgir verdosas, unas cuantas de

nosotras, transparentemente rosas otras más, algunas con tintura violácea metálica, tonalidades diversas, como todas lo éramos en muchas maneras.

Respirábamos, lo habíamos logrado. Como un gran triunfo fuimos ampliando aquellos órganos viscosos en aquello que llamamos el segundo día y mientras sentíamos el palpitar del aire, ¿o era nuestro propio centro que activaba aquellas sustancias que percibimos como no-nocivas?

Estábamos listas. Estábamos ahí, echando andar una vieja memoria.

Aunque algunas recordaron para después negarse, de alguna manera aquello era un *reset*, un volver a empezar. Pero en efecto, algunos bits de memoria tomaban nuestros circuitos bioluminiscentes, disparando en nuestro frágil cuerpo imágenes de antes. Algunas cosas que deseábamos olvidar. Pero también aparecían otras imágenes pixeladas de aquello que llamamos las viejas disciplinas, que instalamos en nuestros filamentos que nos otorgaran destrezas en caso de que pudiéramos, un día, lograr el desplazamiento. Mientras tanto mirábamos hacia la luz, o lo que intuimos era luz, murmurando restos de palabras que nacían en fragmentos. Un pequeño coro telepático, en una sincronía que nos sorprendía a nosotras mismas. Palabras que enlazaban frases que reconocíamos o nos reconocían, un lenguaje que nos hacía conformar. Algo habitable, una vibración:

Las oradoras

Las abuelas

Las rastreadoras

*Son ellas*, pensábamos, en esos pequeños retazos melódicos. Eran ellas en su fantasmagoría y no; en su palpitación y no; en aquel microestruendo del suelo compostado que se nutría de nosotras y para nosotras, en aquella refulgente cicatriz atravesando el humus, permitiendo esa organización en la que participamos, en la que resurgimos, no como aquellos cuerpos sometidos y enterregados; volvimos a brotar con audacia e inventiva, recomponiendo deshechos, pulverizando toxinas, reconfigurándonos un nuevo cuerpo con lo que

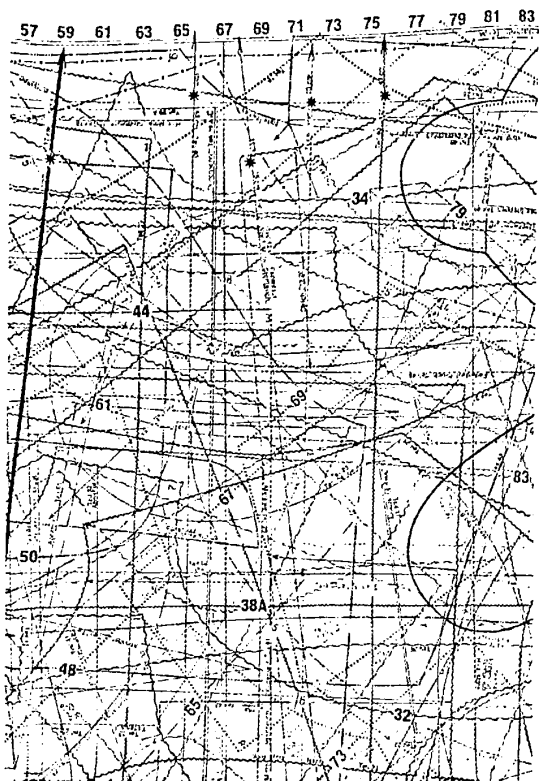
fuimos y con lo que nos hirió; aquello que nos había aplastado ahora era alimento, nuestra fuerza era un tejido reciclado de espera y estrategia.

El sueño de la movilidad es lejano, un punto iridiscente surgido entre gases tóxicos, no sabemos si volverán los días de horizontes y aguas, de rocas, de pastizales, de coros de ranas en los manglares o del crujir en hielos árticos.

Pero somos esta vida que nos duele y nos da esperanza y nos piensa juntas y nos sostiene fijas, deseando —colectivas— sintetizar y poblar.

Todo aquello que tejió nuestra resistencia antigua formaba el código para aflorar ahora, sostenía nuestros palpitaes verdosos, tenues aunque sonando con insistencia con la alegría de ya no apagarlos nunca más.

Este texto es un tejido de pensamientos con: Sadie Plant, Lynn Margulis, Rachel Carson, Donna Haraway, Jussi Parika, Dani Escamilla...  
Y de respirar con las trabajadoras, las madres, las hijas, las rastreadoras...





### *Las trabajadoras*

se terminó de imprimir en octubre de 2024 en Offset Rebosán, en Acueducto 115, San Lorenzo Huipulco, Tlalpan, Ciudad de México. Se emplearon las tipografías Inria (Serif Grégori Vincens & Jérémie Hornus) y Alegreya Sans (Juan Pablo del Peral). El tiraje fue de 1,000 ejemplares.

“Nunca escribimos solas”, dice/escribe una de las voces que se teje en esta urdimbre de respiraciones, tonos, tiempos y materialidades. *Las trabajadoras* tiene como figura central el hilo: de estambre o de costura, en ese ejercicio de enlazar una a una las voces personales hasta lograr una escritura colectiva. Es un libro que habla de mujeres, de máquinas feminizadas, de economía, de amistad, de genealogías: hijas, madres, abuelas, de entrelazados humanos y no humanos. Habla de las resistencias, los horarios, los mecanismos y las alianzas ante las injusticias y la precarización del trabajo femenino. Es ritmo y repetición. Es un sondeo en la memoria, los archivos, una aproximación a las plantas como médiums para entablar diálogos interespecie. Lo habitan poemas-ensayo y una ficción especulativa que apunta a un futuro simbiótico, en un planeta derruido de donde surgen, entre el residuo y los despojos, las voces de plantas/mujeres/ensambladoras/trabajadoras que volverán a hacer mundo.

[www.heredadpalabras.com](http://www.heredadpalabras.com)



**H**eredad

PALABRAS PARA CAMINAR LA TIERRA